



## **Políticas culturales para el desarrollo humano**

Roberto Ampuero

Ministro Presidente Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

CONVERSATORIO DE MINISTROS

“Mirada a futuro”

Jueves 16 de enero, Cumbre de las Artes IFACCA \_CNCA

En primer lugar quiero agradecer la presencia de las autoridades de Cultura de distintos países del mundo y de todos los académicos y agentes culturales que han participado estos días en la sexta Cumbre de las Artes y la Cultura; en particular, estimados amigos y amigas, agradezco la pasión, la energía y el compromiso que todos ustedes han desplegado de cara a elaborar una conversación profunda sobre nuevos modelos para el desarrollo cultural. Hablar de cultura comprende hablar de formas de vida, de diversidad y de pluralismo. La invitación que nos ha hecho esta Cumbre es a reflexionar sobre las oportunidades en torno a la globalización, a los cambios en el devenir social y económico, y a las nuevas formas de comunicación que se están generando en el campo de la cultura, así como del impacto de este conjunto de circunstancias en el progreso de los países.

Vamos entonces a lo que nos reúne hoy: "Mirada de futuro". Las preguntas principales que nos interpelan en este panel son: ¿Cuáles son los tipos de política que realmente contribuirán en este siempre cambiante paisaje cultural? Y ¿cuál es el rol del Estado en el florecimiento de una ecología cultural sustentable?

## **1-. Innovación y diversidad, dos desafíos para las políticas públicas**

Por una parte, nos enfrentamos a la era del conocimiento, que obliga a los países a tener una capacidad de **innovación** permanente. En el otro lado del péndulo, en tanto, está la tendencia a la homogeneidad que ha acompañado el libre flujo de bienes y servicios por el mundo, y que nos plantea cómo potenciar y visibilizar con mayor énfasis la **diversidad cultural** de nuestras naciones. Sin embargo, precisamente **la convergencia entre innovación y diversidad cultural** es, a mi juicio, el gran desafío al cual deben dar respuesta las políticas públicas de la sociedad contemporánea, de modo que la cultura adquiriera un rol protagónico en el camino hacia el desarrollo integral, donde se instalen el bienestar y la calidad de vida del ser humano como centro neurálgico de las preocupaciones.

## 2.1 Innovación

Promover la innovación requiere de un ambiente de libertad para pensar, imaginar y emprender. Requiere lo que se ha denominado “una cultura de la innovación”, esto es, una sociedad que no le tema a la duda, el “otro de los nombres de la inteligencia”, como la definía Borges; requiere una sociedad que sea capaz de desterrar el temor a lo desconocido y que se aventure a incorporar el riesgo –que lo entienda y lo maneje, en vez de paralizarse ante él– y que valore el aprendizaje que se esconde, agazapado y silencioso, detrás del error y del posible fracaso.

Estimados amigos, en el pasado de cada una de las certezas de hoy, hubo un hombre o una mujer que en su momento se

atrevió a dudar, a cuestionar; que quiso ir más allá y corrió los límites. Lo han hecho a través de la historia los científicos y los músicos, los ingenieros y los escritores. Todos ellos, un batallón de exploradores, hicieron moverse al mundo. De su legado, de su historia y de nuestras raíces debemos aprender. Y avanzar.

¿Cómo imaginar una sociedad innovadora y creativa si no contamos con un capital humano creativo? El futuro de la cultura está en el futuro de los ciudadanos y, claro está, sin una buena dosis de subversión espiritual e intelectual, no hay espacio para la creatividad.

Como ustedes bien saben la educación es uno de los temas relevantes en la agenda pública chilena. Y más allá de credos o los colores políticos, todos estamos de acuerdo en que necesitamos con urgencia invertir en la preparación de un capital humano del nivel que nos demanda este siglo. Ahora bien, existe el prejuicio, más extendido de lo que quisiéramos, de que las artes son materias accesorias o de carácter puramente recreativo. No obstante, está ampliamente demostrado que cuando los niños se ven expuestos de manera sistemática a proyectos artísticos y a una aproximación práctica, "*hands-on*", como parte de su sistema educativo, además de favorecer el despliegue del pensamiento crítico y creativo y de estimular la motivación, genera en ellos autoconfianza, disciplina y mayor capacidad para comunicarse y cooperar de manera eficiente al momento de enfrentar el trabajo en equipo. La naturaleza interdisciplinaria de la educación artística la convierte, además, en un medio muy atractivo para los propios alumnos,

permitiéndoles desarrollar con más facilidad competencias en disciplinas no artísticas, tales como matemáticas, ciencias, lenguaje y comunicación. Así lo señala, sin ir más lejos, el estudio “Arte por el Arte: El Impacto de la Educación Artística” publicado el año pasado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

Mirando al futuro próximo, creo que una de las prioridades de las políticas públicas debe ser la generación de modelos de educación que integren la creatividad como parte del currículo de formación de las nuevas generaciones, incorporando de manera decidida las artes y el mundo digital. Los avances tecnológicos han remecido a la sociedad toda, pero particularmente al mundo cultural, dado que han transformado de manera radical –y, me atrevería a decir, irreversible– el modo en que accedemos y participamos en la cultura. Pero, a la vez, esta nueva realidad puede ser, por cierto, la herramienta que se convierta en la mejor amiga del impulso creativo y cultural. Los llamados *new media* están ampliando audiencias, especialmente entre los nativos digitales, pero no podemos dejar que sean ellos los que configuren una sociedad que desconoce su sustento, su cultura. No nos olvidemos que, por muchos cambios que las nuevas tecnologías aporten a nuestras formas de comunicación, no son si no, herramientas, instrumentos para un desarrollo que no puede ni debe perder de vista el bienestar del ser humano.

## 2.2 Diversidad cultural

Las nuevas tecnologías que impulsan la innovación, nos enfrentan a oportunidades y desafíos hasta ahora desconocidos. Volviendo a la figura del péndulo, frente a la innovación nos enfrentamos al reto de combatir la homogeneidad y de revalorizar y relevar todo aquello que nos diferencia, la **diversidad cultural**. En este sentido, la herencia de los pueblos originarios que constituye el sustrato cultural primero de América Latina, así como el aporte de las migraciones que hemos vivido a partir de los años inmediatamente posteriores a la Conquista, dan cuenta de esa variedad de lenguas, costumbres, hábitos y cosmovisiones que hacen de las nuestras naciones de enorme riqueza identitaria.

Ya lo dijo el intelectual chileno y presidente de la Comisión Nacional de Innovación para la Competitividad, Fernando Flores, al presentar las nuevas Orientaciones Estratégicas para la Innovación en Chile: “No se hace innovación sin “surfear” el cambio histórico; que no se descubre lo nuevo sin que un sentido social comande, de algún modo, la búsqueda; y, sobre todo, que cualquier esfuerzo innovador es siempre un intento por hacer historia, por cambiar el curso de nuestras circunstancias. Porque cuando hablamos de hacer historia no nos referimos a grandes gestas heroicas, sino a participar en la co-creación del futuro, en un diálogo permanente con otros y en conexión con sus intereses y preocupaciones. Significa también cuidar nuestra identidad, cultivar nuestra especificidad y tradiciones, porque no se puede hacer innovación desde cero. Lo nuevo requiere también de una

preocupación por la recepción y preservación de nuestra herencia histórica”.

Aunque nos ha tomado tiempo reconocerlo y, especialmente, valorarlo, Chile es un país fuertemente multicultural. El carácter de nuestra sociedad responde a múltiples, variadas y fascinantes influencias. Más de un millón de chilenos se identifica con las comunidades aymara, atacameña, quechua, diaguita, colla, rapa nui, mapuche, kawésqar y yagán, entre otras etnias. Hemos recibido también, a lo largo de nuestra historia, numerosos migrantes, incluyendo una importante comunidad de afrodescendientes, especialmente relevante en el Norte de nuestro país. Tenemos amplia presencia de colectividades árabes y europeas: alemanes, suizos y croatas en el sur de Chile, los ingleses que habitaron Valparaíso, italianos y españoles, y más recientemente los hermanos peruanos y colombianos, entre otras muchas comunidades han llegado en busca de un futuro diferente, con nuevas tradiciones musicales, gastronómicas y formas de vida que han enriquecido nuestra cultura, han abierto nuevas perspectivas y han conformado un país ampliamente diverso, ya no solo por su *loca geografía* sino, sobre todo, por la identidad de su gente.

Reconocer esta riqueza y trabajar desde el Estado por rescatarla y difundirla es parte esencial de una estrategia de perspectiva futura. En el Consejo de la Cultura, además de haber desarrollado estudios sobre multiculturalidad para aproximarnos de manera moderna y exhaustiva a esta materia, impulsamos una serie de programas que apoyan la salvaguardia y difusión del acervo cultural de los cultores

tradicionales y los pueblos originarios. Tesoros Humanos Vivos – programa respaldado por Unesco– es uno de los más destacados. A nivel escolar, el programa **Portadores de Tradición** permite que los propios cultores transmitan a las nuevas generaciones sus conocimientos y concepciones de mundo, inculcando a los jóvenes el significado del patrimonio inmaterial de las cuales son depositarios y portadores. Por primera vez, el año 2012 instauramos también **Inventario Priorizado de Patrimonio Inmaterial** que permite que el país reconozca y se comprometa con la promoción y difusión de las distintas manifestaciones culturales tradicionales que son la base de nuestra identidad.

La cultura es el territorio en que confluyen la innovación y la diversidad. Es más, me atrevo a señalar que sin el reconocimiento y la promoción de la diversidad cultural de nuestros países no lograremos avanzar en una cultura de la innovación. Y es esta diversidad la base de nuestra riqueza para potenciar nuevos modelos de desarrollo donde, por ejemplo, como sucede en los países anglosajones, las industrias creativas sean un sector productivo relevante, fuente de empleo, exportaciones y emprendimiento. En estos modelos, que abren las puertas para que el sector creativo sea un *driver* de bienestar económico y social sin perder el valor intrínseco de la cultura, se edifica una sociedad que estimula de mejor manera su capital humano, se aprecia su heterogeneidad y se genera un *ethos* permanente de innovación.

Ahora bien, siguiendo esta misma lógica, para el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes ha sido una prioridad



revalorizar todas y cada una de las regiones de Chile en torno a su propia y particular historia cultural, artística y patrimonial.

El centralismo del cual hemos padecido en Chile nos condujo por años a restarles importancia y la consecuencia ha sido un gran costo para el país, ya que es precisamente de regiones de donde proviene buena parte de nuestras riquezas, sean estas tangibles o intangibles, materiales o espirituales. Por tanto, actualmente estamos revirtiendo eso con mucha fuerza, a través de políticas públicas específicas, recursos, capacitación y decenas de actividades concretas.

Estimados amigos y amigas, un país sin cultura es un país pobre. La historia la escriben los historiadores, pero el relato que habla del alma de una nación, de la manera en que se sueña a sí misma, es labor de sus artistas. Y en este proceso de construcción de la identidad nacional, nadie puede quedarse al margen.

Sin regiones, no hay Chile. Sin acceso de ellas a la cultura no habrá Chile equitativo. Sin regiones ni cultura, no tendremos nunca un Chile desarrollado.

### **3. El rol del Estado en cultura**

Antes de terminar, quisiera señalar que cualquier análisis respecto de la estrategia del Estado en la cultura del siglo XXI debiera partir por subrayar que nunca podrá ser competencia suya determinar el contenido del desarrollo cultural y artístico de un país. Pero sí le compete –tal como lo señala la Constitución Política de Chile en su artículo primero-, facilitar las condiciones para favorecer el libre devenir de las

expresiones artísticas, así como la promoción activa de la conservación y difusión del patrimonio, fomentando la participación de la ciudadanía en todas estas dimensiones.

Si bien las alternativas para diseñar políticas públicas en busca de generar un desarrollo integral son amplias – tan amplias como las necesidades, por cierto-- existe un vértice fundamental: precisamente asegurar **la participación ciudadana**.

En este punto quisiera introducir un matiz, a mi juicio ineludible: las políticas públicas deben evitar los sesgos de los gobiernos de turno. Al respecto, destaco el trabajo que estamos haciendo en Chile con la propuesta de creación de un Ministerio de Cultura y Patrimonio, integrador y participativo, donde se reconoce el carácter de Estado que deben tener políticas culturales, evitando justamente eventuales sesgos políticos, pero a la vez permitiendo que cada gobierno pueda establecer sus propios énfasis estratégicos, dentro del marco definido y aprobado por la sociedad civil, a través de órganos representativos vinculantes y consultas previas.

Por otro lado, estimados amigos y amigas, tenemos por delante el desafío de la **sustentabilidad** de la cultura. En Chile hemos analizado con detención los modelos de Colombia y de Brasil, que han entendido la importancia de escuchar y generar una alianza público-privada para diseñar una visión de largo aliento que es, al final del día, lo que requiere el fortalecimiento de la cultura, las artes y las industrias creativas en los países en desarrollo.

Ahora bien, incorporar a la sociedad civil en las políticas culturales implica generar **modelos de corresponsabilidad y cooperación** en el desarrollo de las artes y también del patrimonio.

Esta *corresponsabilidad* es también la que perseguimos a través de la **nueva Ley de Donaciones con Fines Culturales** que ha impulsado y promulgado el Presidente Sebastián Piñera y que entró en vigencia el 1º de enero recién pasado. Dicho cuerpo legal nos permite a todos convertirnos en motores, de manera que quien quiera donar para financiar proyectos artísticos y culturales no tenga ninguna excusa, pero sí muchos incentivos; sean empresarios, trabajadores dependientes o independientes, ciudadanos chilenos o extranjeros, personas estén pensando en su herencia o en busca de un emprendimiento o una oportunidad de desarrollo. El Estado, por cierto, cumple un papel sustancial. Facilita el florecimiento de las distintas expresiones artísticas, impulsa la creatividad, resguarda la diversidad de las expresiones propias del carácter multicultural de nuestra sociedad, y vela por una adecuada protección del patrimonio tangible e intangible. Es decir, el Estado pone un piso.

Pero, obviamente, no puede –ni debe-- hacerlo todo, puesto que corremos el peligro de entrar en el círculo vicioso de la dependencia. Porque a pesar de que en Chile casi hemos duplicado la inversión privada en cultura en estos cuatro años de gobierno, aún más del 80% de la cultura nacional se sostiene a través de la inversión pública. El mundo cultural tiene que fortalecer su propia sustentabilidad y el Estado

debe proveer de las herramientas para que ello suceda. Esa es la fórmula. La mejor garantía de libertad con la que cuentan los artistas es la diversificación de sus fuentes de sustentabilidad. De este modo, estimados amigos y amigas, una cultura sustentable solo será posible si logramos generar una sólida alianza público-privada que potencie el rol activo del Estado con el de una sociedad civil que también sea dinámica y diligente, tanto en la gestión de proyectos como en el apoyo financiero.

Entonces, amigos, y con esto concluyo, si el tema que hoy nos convoca es acercarnos a definir cuál debe ser la estrategia del Estado de cara a la cultura del siglo XXI, pienso que el camino tiene hitos ineludibles. Primero, conseguir sinergia entre innovación y diversidad; segundo, contar con una institucionalidad cultural integradora y participativa que garantice la libertad creativa y la visión de largo plazo y de Estado, más allá de los énfasis propios de los gobiernos de turno. Tercero, caminar hacia la construcción de una ecología sustentable de las artes que permita abrir mayores y mejores fuentes, no solo de financiamiento, sino también de compromiso y valoración de la cultura, tanto desde el ámbito público como privado, y también a nivel de autoridades a escala regional y local. Y por último, que permita el diálogo reflexivo y la integración entre los países, como lo hemos experimentado nosotros mismos en estos días de trabajo conjunto.

Sin embargo, todos los sabemos bien: aunque avancemos en estos desafíos no construiremos modelos de desarrollo humano si no instalamos a la cultura en el centro. La cultura

debe ser parte, a nivel local y mundial, de todas las estrategias de desarrollo social y humano; la cultura debe convertirse en el cimiento de granito de nuestras sociedades.

**Muchas gracias**

**Roberto Ampuero**

**Ministro Presidente**

**Consejo Nacional de la Cultura y las Artes**